

35 personas en situación de exclusión social comparten tres pisos en San Francisco

## La posada de los abrazos

Julio Flor

UN hombre de Colombia pudo subir al cielo. A la vuelta, contó que había contemplado, desde allá arriba, la vida humana. Y dijo que somos un mar de fueguitos. El mundo es eso, un mar de fueguitos. Cada persona brilla con luz propia entre todas las demás. Lo cuenta Galeano. De igual manera podía haber escrito que una mujer de Colombia, Amparo Pimiento, desde la Posada de los Abrazos de Bilbao ha tenido esa misma visión.

Decía Mario Benedetti, que cuando vivía en Buenos Aires, en los tiempos del terror, él llevaba cinco llaves ajenas en su llavero. Cinco llaves, de cinco casas, de cinco amigos. Las llaves que lo salvaron. Una llave, dos llaves. Esos detalles de la vida resultan al final ser los más importantes. La vida, cruda y al descubierto, baila con la poesía para mostrarse plébrica a pesar de los golpes a los que la sometemos.

Mientras la mayoría andamos haciendo acopio de comida y bebida, de regalos, bajo las lucirnagas navideñas de la gran ciudad... en la humilde calle de San Francisco, abierta en canal por las obras, unas personas en situación adversa comparten lo poco que tienen, un techo, que no es poco, bajo el que puede leerse un poema de Catalina Guzmán que alguien ha pegado a la pared. "Regáleme un pedacito / de su mar en silencio / una caricia de su brisa viajera / un destello de su cielo estrellado / un dibujo de su mapa de colores / regáleme un pedacito de su día".

El nombre de la Posada de los Abrazos recoge muy bien el alma del proyecto. "Nos cobijamos entre todos para dignificar la vida y poder coexistir en un medio como el que nos toca". Es un colectivo social de gente que ha tenido que abandonar su hogar, de gente que ha tenido que abandonar su país, de gente que no puede con la vida misma y termina aquí, o que pasa por la posada para tomar impulso. Gente que no pudo sobrellevar sus angustias y terminaron consumiendo drogas, o soledad a raudales. Un mar de fueguitos de Bilbao y de otras partes del Estado español, o del mundo entero.

No es una casualidad que el proyecto lo pusiera en marcha una refugiada política, la socióloga colombiana Amparo Pimiento, que por entonces vivía en el albergue de las mujeres soñadoras. Echó a andar gracias a Cáritas de Bizkaia y hoy está abrazado y ayudado desde Euskadi, Madrid y Barcelona. Posaderos y posaderas tienen que pagar 200 euros al mes cuando comparten cuarto, o 270 euros si el cuarto es para uno solo. Con eso se paga la renta de los tres pisos, y luego luz, agua, comida y otro tipo de gastos cuentan con el apoyo de colectivos varios.

Algunos de los posaderos llegan sin el IMI o salario pobreza. Por lo que en la posada se les orienta para que lo cobren... Hay



Yolanda, Amaia, Irene y Amparo nos ofrecen su sonrisa

Foto Moreno Esquibel

posaderos que no han pagado nada porque nada tenían. "Lo prioritario aquí no es cobrar los 200 euros, lo prioritario es que puedan compartir el espacio vital. Es una posada, no una pensión. Aquí la gente tiene que comenzar a reconstruir su dignidad, su espacio vital interno, primero, y luego su espacio social. Es decir, no se trata de que vengan y se instalen en su cuarto sin más. Aquí nos sentamos en colectivo y pensamos y repensamos la vida".

La vida destila en la posada días soleados, huracanados o tristes. Que la vida genera esos picos. "Aquí tenemos a 35 personas, pero en la calle se topan cada día con un paisaje muy duro que les ofrece droga. También podemos ver a otra gente que duerme tirada en la calle, en pleno invierno. "Duele constatar que existe una 'mafia del alquiler' de viviendas y tantas otras cosas".

"Aquí nos sentamos en colectivo y pensamos y repensamos la vida"

"La posada es una denuncia"

"Pusimos en marcha la posada, para mostrar que los grados de exclusión siguen creciendo en Bilbao. Que la posada es la evidencia mínima de que nos toca vivir 35 personas en tres pisos, demostrando al mundo que se pueden crear estos espacios, pero que esto no es lo que debe tener una sociedad del Bienestar. La posada es una denuncia. Dice que el mundo rico está creando una bolsa de exclusión social".

Mientras las responsables del proyecto le ponen denuncia y convicción, hay quien ha colgado un cartel que proclama el abrazo. "Necesitamos abrazos frecuentes: cuatro abrazos diarios para sobrevivir, ocho abrazos diarios para mantenerse, doce abrazos diarios para crecer. Hay muchos motivos para abrazar. Abrazáme por favor. Puedes hacerlo en silencio o ponerle sonido".

Esta noche tienen reunión. Quieren contar las quejas. Alguien lamentará que se le extravía la ropa, que el espacio es muy caro, que cada día se les exige más, que las humedades continúan. Otros harán una defensa encendida de la posada, pidiendo una mayor colaboración. Alguno se quejará de que les metan tanta caña respecto a los temas de igualdad entre mujeres y hombres. A otros les parecerá bien que se insista en cuidar más el cuarto y el aspecto personal, que se mime más las relaciones humanas, que no se consuma droga, que no se beba tanto por favor.

Pero la realidad, es que en el tercer piso son catorce para un baño. Así que los choques son inevitables. No son clientes, sino posaderos de abrazos. Y todo es colectivo en la posada. Hoy le toca a Luis limpiar el cuarto de baño. Mañana a Yolanda. Otro día es Irene quien cocina y pasa la aspiradora, mientras Tomás ordena la cocina. También las responsables hacen lo propio, que a nadie se le caen aquí los anillos.

Lo excepcional es la vocación de abrazo. Que veinte meses después, las responsables de este proyecto mantienen el ánimo indemne. "Hay una necesidad de crear una contracultura de la solidaridad. Y que el Estado reparta mejor los recursos sociales. De lo que se trata es de que la sociedad se interrogue dónde está quedando la dignidad del ser humano. Dónde hay que poner el énfasis de la vida... Pidámosle al 2005 que la ternura sea un contagio vital para detener la miseria y las guerras en el mundo". La Posada de los Abrazos, una llave para la resistencia.

## Croquetas de rayos de sol

EN la Posada de los Abrazos alguien puede leer un menú ideal: "caldo de ternura o ensalada de flores con trocitos de sueños, croquetas de rayos de sol o un entrecot de comprensión". Reconforta la fe puesta en la humildad de la gente, en el poder de los sueños frente al dinero. Y qué decir de los abrazos, preservando con ellos lo que todavía redime al ser humano de su terrible orfandad.

Qué decir de Amparo. Un milagro de mujer. Una exiliada política que padeció tortu-

ras sosteniendo con sus compañeras este proyecto que significa todo lo contrario. "Mirando atrás, este proyecto da sentido a mi vida. Es una manera de recobrar vida, exorcizando el dolor que me produjeron aquellos que no me permitieron vivir en mi país".

"A la vida al fin daremos todo, a la muerte jamás daremos nada, y por la vida hasta la vida misma...". recita. Y le pregunto a qué le sabe, en estos días de Año Nuevo, la palabra "felicidad"?

"Esa palabra me sorprende

cuando soy capaz de hacer sonreír a quien siente un dolor muy agudo por dentro. Yo tengo espacios vitales de felicidad cuando soy capaz de exorcizar el dolor que me ha creado la vida. A mí me han raptado lo mío, y creyeron que al enviarme al exilio me callaban, y aquí estoy gritando. Me sacaron de allá, pero sigo exigiendo aquí. Tengo poco, porque me quitaron una alegría que la estoy recuperando ahora con el pueblo vasco. Y aquí estoy del lado de la vida".

Tranvía XXI

## Escuelita café con leche

J. F.

ME voy con mi amigo Fernando Sancho, de Zutaluz, a comer un menú del día al Casco Viejo de Bilbao. Mientras saboreo el potaje de garbanzos, el pescado frito y sobre todo la historia de la escuela de República Dominicana, él no deja de sonreír. Lleva por allí algo más de un año, y, como el turrón, vuelve a casa por Navidad.

La escuela es mucho más que una escuela. Es un mundo que puso en marcha la dominicana Marisol cuando estudiaba por se maestra. Un acto de amor. Ella se dio cuenta de que en los veranos los niños del barrio El Café no tenían nada que hacer. Marisol pidió al padre Miguél, un misionero mallorquín que lleva en República Dominicana 40 años, que la dejara un espacio en el centro parroquial. Empezó enseñando y divirtiéndose a 25 niños que antes no iban a la escuela porque la más cercana les pillaba muy lejos, en otro Barrio de Santo Domingo. Trece años después cuentan 470 txikis que dan vida y nombre a la escuela "café con leche".

"Los peques son todo, tan expresivos, tan tremendamente cariñosos, un tropel de alegría. Quieren saber cómo viven los niños de aquí, me preguntan por mis sobrinos, por las escuelas. Les miro y no veo niños desfavorecidos, aunque sepa que tienen muchas más dificultades que los niños y niñas de Euskadi. Ellos van descalzos por el barrio, pero se sienten libres; y es cierto que no tienen para cambiarse de zapatos, pero son todoterreno".

"Todos trabajan desde los cinco años limpiando zapatos. Van con su cajita, y su oficio tiene el nombre del chirripeo. También recogen escombros, o pelotas de tenis en el club. O llevan los palos de golf. Y es que El Café es un barrio, un asentamiento de Santo Domingo con 20 años de historia, que surgió de un muro que delimita el Country Club, el club de golf más elitista de la isla. Allí se asentaron los primeros moradores, aprovechando el muro del club, pues de esta manera ya tenían hecho uno de los muros de la casa".

Los terrenos del barrio fueron en su día un cafetal. Aunque también dicen que tomó el nombre de los 'cafés', que es como les llamaban antes a los prostíbulos. Ahora el barrio tiene cuatro arterias bien urbanizadas y el resto es todo muy irregular, con casas de cinc y madera, también son de bloc de cemento por los huracanes.

"Los niños más pequeños vienen por la mañana a la escuela. Se levantan muy temprano... en realidad son ellos quienes despiertan a la madre y la sacan de la cama. No todos pueden desayunar en casa un plátano sanchocado o una papa. Es impresionante verles salir de casa. Es como si el auténtico sol amaneciese en Santo Domingo en cada mirada infantil que salta por las calles del Café. Se acicalan en un cubo de agua, situado a la puerta de casa, bien enjabonados. Acuden desde todas las esquinas, con su mochila; y como una hora antes del comienzo de las clases, a las 7 de la mañana, ya están a la puerta de la escuela". La historia es mucho más larga, pero antes de que continúe, Fernando, aún con la cuchara en la mano, tiene que empezar a comer, aunque los garbanos han tomado vida y le escuchan boquiabiertos.